

La Capilla Sixtina

LA CAPILLA SIXTINA

He soñado que les preguntaba a los de TRIUNFO si esta semana podía hablar de "La prima Angélica" y me contestaban que no tienen ninguna gana de que vengan los bomberos.

—Pero si sólo iba a decir que no entiendo por qué ha dejado de proyectarse: si como castigo a los autores del atentado o como castigo a los autores de la película.

—Pues nada. Eso no lo dices tú en una Capilla Sixtina.

—Ni hablar —corea alguien desde el fondo.

—Y es que tú te crees que en esta revista sólo va tu sección.

—Se lo tiene muy creído —sigue coreando el del fondo.

—Bueno. Pues hablaré de lo de "El Cordobés".

—Ojo. A ver: ¿Qué vas a decir de eso?

—Voy a pedir que le indulgen.

—Nada. Ni una línea. Tú no escribes una Capilla Sixtina pidiendo eso. ¿Pero de dónde sales, Sixto? ¿En qué país te crees tú que vives?

—En Argüelles.

—Y encima de guasa. Pues no señor, que estás tú muy equivocado. Vives en Numancia.

—Bueno. Pues escribo una Capilla Sixtina sobre Numancia.

—Ni una indirecta a los "ultras". Ni una.

—Si sólo quería pedir que

me dieran un carnet de corresponsal extranjero.

—¿Lo habéis oído?

—Está desmadrado este hombre.

—Sixto, que "tiés" madre.

—Ya lo sé, y a vosotros os encontré en la calle. Pero, bueno. Ea. Escribiré sobre la madre.

—¿Sobre qué madre?

—Sobre la madre española.

—No.

—¿Por qué?

—Pues porque te vemos venir y vas a minar el pilar de nuestras instituciones.

—Que no mino nada. Que yo soy muy partidario de la madre. Que siempre he sido muy enamorado. A ver si aún os vais a meter con mi madre.

—Nosotros no...

—Que no os metéis con mi madre, vamos.

—Pero Sixto, no te pongas así.

—Es que no se puede aguantar.

—Anda, hombre, escribe sobre "La prima Angélica".

—Ahora no quiero.

—Pues escribe lo que quieras y sobre lo que quieras.

—Quiero escribir sobre la madre.

—¿Qué madre?

—La del cordero.

—Eso sí que no. Sixto, se te aprecia, ya te puedes poner como te pongas, pero de la madre del cordero tú no hablas.

Me he despertado sudando y dispuesto a escribir otra Capilla Sixtina. ■

SIXTO CAMARA

OTRA VEZ EL MIEDO

los Estados Unidos y la URSS, como en cada uno de sus seguidores, una serie de personajes ni siquiera han aceptado la idea de mal menor o de necesidad imperiosa. La imagen de la «guerra resolutiva», que acompaña al hombre desde que se enfrentaron por primera vez nómadas y sedentarios, a pesar de su falsedad históricamente visible —nunca una guerra ha resuelto definitivamente una situación sin engendrar la guerra futura, y cada una en una magnitud superior a la anterior, en progresión geométrica—, está todavía sostenida por muchas personas de las que ocupan puestos dirigentes en el mundo. Otra categoría es la de aquellos que no creen realmente en que la guerra sea posible, pero que estiman que se debe actuar como si fuese a estallar mañana y prepararse para ella, bien porque su tensión personal política —su propia administración del miedo— se lo inspira así, bien porque comparten el más enriquecedor invento de la sociedad de consumo, el de la fabricación de armas y la industria militar en general.

Estas personas encuentran su mayor fuerza en el campo abonado de las frustraciones políticas. Y una inmensa facilidad en el abandono del miedo, de la vigilancia, por parte de las poblaciones mundiales. La obligatoriedad de la coexistencia está produciendo ahora el final de los fascismos disfrazados o visibles de la posguerra y un regreso al idealismo democrático de 1945, todavía cauteloso y muy matizado por el capital, que ha hecho sus grandes beneficios durante la guerra fría y ahora se está acomodando a las nuevas condiciones del «consumismo en libertad». Los maximalismos tratan de recuperar el terreno perdido, sienten la nostalgia de las ideas absolutistas de hace unos años, cuando la contracción del miedo agudo todavía hacía posibles las creencias de regímenes «para siempre» o «para mil años». Por eso, en muchos países, a partir de los propios Estados Unidos, pero sin olvidar a los que están a la cola de los dragones imperiales —quizá los intermedios lo llevan con mayor suavidad—, se producen contradicciones a veces agudísimas entre formas totalitarias y formas libertarias. Un mismo país puede conocer prohibiciones severas y formas libres simultáneamente, con lo cual ambas parecen absurdas y sin razón real ninguna. El mundo, y los países, parecen ahora desgobernados; los intereses personales de los gobernantes aparecen más descarnadamente que nunca —Nixon—, sin siquiera el revestimiento del bien común, que era su túnica antigua, y se reflejan en un comportamiento de los individuos. El miedo comien-

za a aparecer como concurrencia, como miedo de unos a otros; se está desactivando su carga positiva.

«La locura del hombre»

Es esta serie de contradicciones la que impide que los pasos positivos que se dan signifiquen avances reales, progresos auténticos. Las recientes entrevistas entre Nixon y Breznev han fallado en conseguir un acuerdo permanente y definitivo sobre prohibición de pruebas nucleares, la Conferencia de Seguridad europea está continuamente retrasada, aguada en sus principios; la construcción de Europa se ha desmoronado, la paz de Vietnam no existe en la realidad y las de Oriente árabe no se establecen. Advertimos que son cosas que existen y no existen al mismo tiempo, tejidos de Penélope que se hacen de día y se deshacen de noche. La paz de Vietnam es probablemente el ejemplo más curioso de este ser y no ser simultáneo: coronada incluso por la concesión de unos Premios Nobel, firmada y sellada, sigue existiendo como guerra en los campos de batalla.

La desactivación del miedo de las poblaciones se ha realizado por medio de la costumbre. Hemos aceptado con alguna facilidad que el equilibrio del terror es un hecho por sí mismo. El hombre ha trasplantado a creencias nuevas su antiguo reposo en lo sobrehumano, en lo que ha de ser o lo que está «escrito». El miedo de las poblaciones sufrió una peligrosísima derivación en ese sentido cuando una serie de manipulaciones le hizo creer que la bomba era un elemento sobrehumano y dependía de la obnubilación de un Presidente, el error de una computadora, la locura de un general o la distracción de un piloto. Toda una literatura popular, de ciencia-ficción o de política-ficción, le llevó al desplazamiento de la idea del terror: en lugar de atribuirlo a un grupo de intereses representados por unos gobernantes, lo atribuyó a «la locura del hombre» —como se está haciendo ahora con los problemas ecológicos—, con el fin de fortalecer en él una fe paternalista en los gobernantes, cuya solidez de nervios y su gran sabiduría podrían salvarle de lo sobrehumano.

Las viejas marchas de la paz sabían muy bien a quién se dirigían, dónde podía estar la responsabilidad real y sobre quiénes tenían que influir para evitar que la bomba estallase sobre sus cabezas. Más tarde ha ido desapareciendo tanto esta acción sobre los gobernantes como el miedo difuso del que se valieron (como